

Autor: Abilio Ayuso
TRANS

Ilustrador: Alejandro Ortigosa Quevedo



Pensamos que tener gente comprensiva en nuestro entorno, que nos ayude con nuestros problemas y debilidades, es muy positivo, pero en un contexto más amplio, tal vez no sea un beneficio, porque hacen que no consigamos superarnos por nuestros propios medios.

Mario fue un chico muy afortunado, hermano pequeño de una familia adinerada, culta y comprensiva que tuvieron cuatro hijos buscando la niña que pusiera el contrapunto en una descendencia compuesta sólo de varones, y la niña les llegó, pero no como ellos esperaban.

Desde que tuvo uso de razón, Mario notó que su cuerpo no se correspondía con su espíritu, se sentía como una mujer atrapada en cuerpo de varón.

Sus hermanos, hombres de carácter, nobles, fuertes y varoniles, en cuanto percibieron la debilidad de Mario, le tomaron bajo su protección, muchachos con carisma rodeados de buenos amigos, se preocuparon de que nadie se atreviera a meterse con Mario en el colegio a pesar de su afeminamiento, por otro lado, las chicas lo aceptaban de buen grado en su entorno, como salvoconducto hacía unos hermanos guapos, viriles y ricos.

Cuando la madre habló abiertamente del tema con su marido, éste le respondió riendo: “¿Lo ves?, Tantas veces que pediste a Dios una hija, finalmente te la mandó, pero con las prisas le puso el envoltorio equivocado”.

Todo lo que la medicina y la cirugía pudieron hacer, para proporcionar a Mario un cuerpo en el que se sintiera cómodo, lo hicieron, y al haber nacido en un país muy civilizado, no hubo ningún problema en que fuera declarado legalmente mujer, así comenzó la nueva vida de María, una muchacha bella, alegre, de buen carácter y sin trauma alguno.

Al cambiar de ciudad para concluir el doctorado, se halló en un entorno en que nadie conocía su secreto, eso propició que un compañero de estudios absolutamente hetero, se enamorara perdidamente de ella.

Cuando María se sinceró con él y le explicó sus antecedentes, se quedó un momento pensativo, para acabar diciendo: “Tu eres la misma que ayer, si ayer te quería, no tengo por qué no quererte ahora”.

La boda fue magnífica y el novio no tuvo porqué renunciar a ser padre ya que, con su esperma, óvulos congelados de una donante anónima, y un vientre de alquiler, tuvieron dos hijos preciosos.

Haciendo balance de una vida que llegaba natural y plácidamente a su fin, María se sentía muy afortunada, su marido la amó profundamente hasta que falleció el año pasado, sus hijos y nietos la adoraban, era una anciana querida y respetada.

Tal vez el único punto negro fue no haber podido tener descendencia directa, pero en secreto se decía a sí misma: “Casi mejor, me he ahorrado embarazo, parto y el riesgo de que hubieran salido unos bicho-raros, como yo”.

Falleció dulcemente y se sintió acogida en un entorno luminoso y cálido, donde unos seres de pura bondad le daban la bienvenida y la ayudaban a realizar balance de las experiencias vividas en la pasada existencia y ensamblarlas con todas sus vidas anteriores, como una pieza más del puzzle.

De tal forma, volvió a recordar que en sus treinta vidas anteriores, posteriores a su vivencia como simio, había sido mujer, entonces comprendió porque se había sentido tan desgraciada al nacer con un cuerpo masculino.

Inmediatamente dirigió una pregunta a los maestros de luz: “¿Por qué?”.

“En el fondo ya lo sabes, para alcanzar la perfección debemos pasar por todos los estadios en la vida terrenal, ricos y pobres, poderosos y esclavos, sanos y enfermos, afortunados y desgraciados, negro y blanco, varón y hembra. Como mujer pasaste todas las pruebas imaginables, tu próximo reto es aprender a ser hombre y comportarte como tal, amando a las mujeres y siendo un buen padre de tus propios hijos”.

“Entonces yo... ¿En esta vida pasada?”.

“Si, es lo que estás temiendo, ha sido tiempo perdido, querías una entrada fácil para tu nuevo destino y te la concedimos, pero en cien vidas como ésta no habrás conseguido avanzar un sólo paso en tu nivel espiritual”.

“¿Como debo afrontar entonces mi próxima vida?”.

“En condiciones duras”.

“Sea pues”.

Su consciencia se fue disolviendo hasta renacer en una masa de carne torpe que sólo sabía llorar y succionar el pecho de su madre, le pusieron de nombre Mustafá, y su padre estuvo muy contento de haber tenido como descendencia otro varón y no una de esas inútiles mujeres que no sirven más que para limpiar la casa.

El padre era una figura ausente, que apenas aparecía por el hogar, para él la madre y los pequeñuelos apenas existían, por eso, en aquel entorno cerrado, los únicos que se dieron cuenta de que Mustafá era diferente fueron, en principio la madre y posteriormente sus hermanos mayores.

En cuanto tuvo uso de razón, al mismo tiempo que las primeras palabras, le enseñaron, no sólo a ocultar sus verdaderos sentimientos, sino a sobreactuar de forma masculina.

Con todo el dolor de su corazón, su madre la proporcionó unas buenas palizas cada vez que mostraba el más mínimo afeminamiento, en cuanto tuvo algo de uso de razón ella le explicó que si se mostraba tal cual era, no sólo peligraría su vida, sino que sería la vergüenza absoluta para toda la familia, para finalmente acabarle diciendo: “Si ello ocurre, no podré soportarlo y me tendré que suicidar”.

“¡No mamá!, yo te juro que nadie lo notará, seré el más macho de todos, pelearé con quien haga falta y miraré a las chicas como seres inferiores, nunca tendrás que avergonzarte de mí”.

Sus hermanos mayores, que estaban en el secreto, pero habían jurado no confesarlo a nadie, e incluso habían sido amenazados de muerte por su madre si lo hacían, le ayudaron en el tema de comportamiento y peleas y procuraron que endureciera sus músculos más de lo normal mediante un ejercicio durísimo.

A medida que fue creciendo, la actuación de macho alfa era tan normal para él, que casi se acabó creyendo el papel, pero las cosas se torcieron cuando sus padres le dijeron que habían concertado una boda con una muchacha virtuosa y de buena familia.

Si la rechazaba con cualquier excusa sería un oprobio para su familia y sólo serviría para retrasar el problema, ya que al quedarse soltero recaerían sobre él todas las sospechas, en aquel ambiente ni siquiera le servía declarar una vocación religiosa, porque hasta los mulás estaban casados.

Consultó el tema con sus hermanos que, como solución le dijeron que antes de la boda no había ningún riesgo porque las parejas apenas podían verse a solas, y después de la boda debía tratar a su esposa de forma altanera y soberbia, echándole la culpa a ella si las cosas no funcionaban en el terreno sexual.

La boda fue un éxito y se celebró con toda la parafernalia posible, hasta que llegó el momento más temido, cuando se quedaron a solas en su nueva casa en la noche de bodas, sin embargo, la sorpresa se la llevó Mustafá cuando su nueva esposa se arrodilló a sus pies llorando amargamente y diciéndole entre sollozos: “Por favor marido mío, no me mates, te juro que, si me perdonas, seré la mejor esposa del mundo y procuraré hacerte muy feliz”.

Él disimuló su sorpresa y le dijo con voz seca: “¿Y de que se supone que te tengo que perdonar?”.

Con un hilo de voz temblorosa ella confesó: “Yo... No soy virgen”.

En lugar de enojarse, Mustafá se alegró de conocer el secreto, aunque procuró disimularlo y contestó con voz acusadora: “¿Y puedo saber con quién has deshonrado nuestras familias?”.

“No te preocupes porque nadie lo sabrá jamás, fue una vez que nuestros padres estuvieron dos días fuera, mi hermano y yo registramos por curiosidad las cosas de mi padre y en el doble fondo de un baúl encontramos unas botellas de licor, comenzamos bebiendo de una, pero no la podíamos dejar a medias, sino acabarla, hacer desaparecer el envase y esperar que nuestro padre no se diera cuenta de su falta. Al apurar la botella ya no sabíamos ni lo que hacíamos, luego mi hermano murió en aquel atentado, por tanto, si tú no lo dices, nadie podrá enterarse”.

Jalila se sintió aliviada cuando su marido la tomó de las manos y le dijo: “Ven, vamos a sentarnos cómodamente y hablaremos de eso y muchas cosas más. Has jurado que si te perdono serás la mejor esposa del mundo y procurarás hacerme muy feliz”.

“Si, y mantendré mi palabra toda la vida”.

“Pues te costará un poco hacerme feliz, porque a mí no me gustan las mujeres”.

“Pero... ¿Como es posible?, Si tú...”.

“Voy de machote por la vida, ¿Verdad?”.

“Pues sí, jamás lo hubiera dicho”.

“Hubiera hecho cualquier cosa por no hacer desgraciada a mi madre y mis hermanos y además acabar yo mismo mal parado, pero sólo ellos lo saben, nadie ha llegado nunca a sospecharlo”.

“Ni lo sospecharán, porque para todo el mundo está noche me has follado como un león y has machacado mi virginidad, eso sí necesitaremos un poco de sangre porque ya sabes lo alcahuetas que son mi madre y mis tías y cuando vengan a limpiar la casa mañana es lo primero que buscarán”.

“Pues tranquila que se lo daremos, trae mi daga y vendas, un buen pinchazo en mi pantorrilla y saldrá sangre para poner la cama perdida”.

“¿Pero te vas a cortar?”.

“Un simple pinchazo no es nada, si supieras todas las cosas que he tenido que hacer para mantener mi fama de machote te asustarías, debo llevar más cicatrices que el Jesús ese del que hablan los cristianos, el problema será si pasa el tiempo y no tenemos hijos”.

“No te preocupes por eso, tengo las llaves de casa de mis padres y su permiso para ir cuando queramos, un día que no estén nos llevaremos unas cuantas botellas de ese licor que tiene guardado y con media botella que bebas ya no sabrás ni quién eres”.

“¿Y si las echa en falta?”.

“¿Que va a decir?: Un ladrón me ha robado una cosa totalmente prohibida y que yo no debería tener, Además, aunque sospeche de mí, ahora no le temo, tengo un machote que me defiende”.

Rieron los dos la ocurrencia, luego se fueron a la cama, ella insistió en que se desnudaran completamente, una vez dentro se abrazó tímidamente y preguntó: “Mustafá, ya sé que no te gustan las mujeres, pero... ¿Verdad que no te doy asco?”.

“Claro que no tonta, eres como una buena amiga, pero no me excitas”.

“Una vez me dijiste que con tus hermanos habíais visto a escondidas una película de gladiadores, pues ahora que estamos a oscuras, imagina que yo soy uno de esos gladiadores y voy subiendo la mano por tu pierna hasta agarrar tu pene”.

“Pero Jalila...”.

“Calla, no soy Jalila, soy un gladiador que abusará de ti”.

Con unos cuantos movimientos no le costó que su marido eyaculara abundantemente, tras lo cual le dijo: “Nada de limpiarlo, lo refrotamos por las sábanas, que las harpías no solo buscarán restos de sangre”.

Tal cual lo tenían planificado sustrajeron media docena de botellas del baúl paterno que Jalila dosificó a la perfección, había oído decir a las comadres que el mejor momento para concebir era dos semanas pasada la regla, llegado el momento ella le dijo: “Tranquilo, ¿Verdad que te gusta que te masturbe mientras hablamos de gladiadores?, pues ahora comenzaré con la mano y luego seguiré con mi vagina, ya verás que funciona muy bien, hasta mejor que la mano”.

Cuando le notó bastante excitado ella le cabalgó y para su sorpresa Mustafá lo notó muy agradable, cuando estaba a punto de culminar ella rodó diciéndole: “Ahora tú encima, que así es más fácil quedarse embarazada”.

No habían pasado tres meses y Jalila ya estaba embarazada, lo cual les reportó los parabienes de familiares y amigos, principalmente de los hermanos de Mustafá, que en secreto le dijeron: “Sabíamos que lo lograrías, ¿Y qué tal la vida con una mujer?”.

“Bueno... Es que Jalila es un encanto y somos muy buenos amigos, no me da asco estar con ella y he descubierto que, sino piensas demasiado en el tema, el coño de una mujer va muy bien para correrse dentro”.

“Entonces ya no usas las botellas que le robaste al viejo”.

“Sólo necesité las tres primeras, así que si queréis puedo llevarme una para cuando hagamos una acampada en el desierto”.

Tuvieron su primer hijo y luego dos más, su relación se normalizó y aunque el espíritu de Mustafá seguía siendo puramente femenino, tenía una relación especial con su mujer y cuando estaba excitado por haber estado hablando con algún joven guapo, llegaba a casa y decía: “Jalila, ven aquí princesa, que voy caliente y tengo un regalo para ti”.

Pero poco tardó ella en sentar unas bases y decirle “Está bien que te desahogues, pero no vayas tan a saco, retrasa un poquito, juega algo más y cuando veas que yo tengo el orgasmo entonces tiras millas”.

Lo curioso del caso es que su matrimonio, que se basaba en amistad, camaradería y complicidad, funcionaba mejor que la mayoría de las parejas de aquel país donde imperaba un machismo absoluto. De cara al exterior, ella era la esposa sumisa, pero cuando nadie los veía se convertían en un par de marujonas.

Tal vez porque ella era una mujer lista, que sabía explorar los puntos débiles de su marido y lo mismo se movía como una serpiente que le metía descaradamente un dedo por el culo cuando estaban copulando, a él le acabó gustando la relación sexual con su mujer y se fueron borrando de su imaginación las posibles aventuras amorosas con otros hombres, incluso acabó pensando que serían más complicadas, porque de entrada: ¿Quién enculaba a quién?, mientras que con Jalila todo era más natural y sencillo.

En cuanto a los niños, decidieron que no tenían por qué cargar con el oscuro secreto, por tanto nunca sospecharon que el machote y varonil de su padre no lo era tanto.

Así transcurrió la vida de Mustafá, siempre forzando su carácter, siempre disimulando, ya en el lecho de muerte le confesó a Jalila: “Sabes cariño, ignoro como hubiera sido nuestra vida si yo hubiera sido un auténtico machote”.

“Muy mala, porque ya en la primera noche me hubieras dado una paliza de muerte”.

“Nunca lo sabremos pero, aunque no hubiera existido ese detalle, visto lo visto, creo que me hubiera enamorado de ti y te hubiera poseído con el deseo de un hombre, pero luego esa pasión se hubiera extinguido y yo hubiera acabado pensando en otras más jovencitas, mientras que así, nuestro mutuo cariño ha durado toda la vida”.

Su espíritu volvió a subir al plano astral para encontrarse con sus antiguos maestros de luz, recuperó la memoria de sus otras vidas, ellos le miraron benevolentes y le dijeron: “Has realizado un gran esfuerzo por adaptarte a tu nueva condición, por tanto en tu próxima reencarnación no precisarás un entorno tan duro, seguirás naciendo como hombre y deberás aparearte con una hembra, ¿Qué tipo de mujer desearías?”.

“Jalila, por supuesto”.

“Pues que así sea”.

“Antes de ello, permitirme una última pregunta, por lo que veo en mí, después de simio he sido mujer y luego hombre, ¿Acaso el ser varón es un estado superior?”.

“No seas insensato, el orden de los factores no altera el producto, hay que realizar todas las vivencias, pero igual podías haber vivido tus primeras treinta vidas como hombre para luego renacer como mujer, ¿O acaso no sabes que existen lesbianas?, espíritus que habían sido machos pero de repente se encuentran habitando un cuerpo de hembra.

“Entonces, ¿Para llegar a la budeidad, la perfección absoluta en que no se necesita reencarnar?”.

Puede hacerse perfectamente desde la condición masculina o femenina, existen lo que tu llamarías dioses y diosas, aunque llegado a tal extremo el sexo deja de tener importancia de la misma forma que un bebé al desarrollarse deja de interesarle el sonajero.

FIN ...